La flor del lililá

ANTONIO RODRÍGUEZ ALMODÓVAR

Había una vez un rey que tenía tres hijos. Aún no había decidido cuál de ellos heredaría su corona, cuando vino a ponerse muy enfermo, y de una extraña enfermedad. Los médicos de la corte no sabían qué era lo que padecía, pero lo cierto es que el monarca estaba cada vez más débil y todos temían que pudiera morir sin dejar nombrado a un sucesor.

Entonces los hijos, viendo que aquello no tendría buen fin, llamaron a consultar a un mago. El mago, después de examinar al enfermo, anunció que éste sólo se curaría con *la flor del lililá*, poniendo a cocer sus pétalos y dándole esa bebida. Pero cuando los hijos quisieron saber dónde encontrar aquella flor, el mago les dijo solamente que salieran por el mundo a buscarla, y no a caballo, sino a pie. Y al momento desapareció.

El rey, con el hilo de voz que le quedaba, les dijo a sus hijos que aquél que consiguiera la flor heredaría la corona, pero que tenían que intentarlo por orden de edad.

Así que primero se echó al camino el hermano mayor. Andando, andando, y como no tenía costumbre de caminar ni de padecer, pronto se cansó y se fue poniendo muy furioso. Entonces se encontró con una pobre viejecita, que le dijo:

—Una limosnita, por Dios, hermano.

—¡Déjame tranquilo, vieja apestosa! —le contestó, y le pegó un empujón que la tiró al suelo. Todavía desde el suelo, la pobre anciana le suplicó:

—¿Es que no llevas nada de comer en el zurrón?

—Sí, llevo piedras. ¿Te gustan las piedras? —Y se echó a reír el muy malvado. Pronto se cansó de andar y se paró a comer. Pero cuál no sería su sorpresa, que al abrir el zurrón resultó que allí no había más que piedras.

Y a partir de ese momento, todo lo que intentó llevarse a la boca, se convirtió en piedras. Así que no tuvo más remedio que volverse, con las manos vacías, muerto de hambre y muy rabioso.

Salió a continuación el segundo de los hermanos. Enseguida se cansó también y empezó a protestar. Y se topó con la misma viejecita, que le dijo, como al primero:

—Una limosnita, por Dios, hermano.

—¡Quítate de mi camino, vieja asquerosa! —replicó el otro, apartándola violentamente. Pero ella le preguntó:

—¿Es que no llevas nada de comer en el zurrón?

—¡Sí, llevo ratas, ja, ja, ja, ja!

Y ocurrió que, en efecto, cuando se detuvo en una posada y fue a pagar, nada más abrir el zurrón, empezaron a salir ratas y más ratas. El muchacho daba saltos y se quitaba los bichos como podía, pero la gente creyó que estaba hechizado, porque de aquel zurrón no paraban de salir ratas. Así que le pegaron una buena paliza y él tuvo que volverse a su casa.

Entonces salió el hermano menor. Andar, venga a andar, pero silbando y muy contento de caminar libremente por aquellos parajes que no conocía. Y también se encontró con la viejecita, que le dijo, como a los anteriores:

—Una limosnita, por Dios, hermano.

—¡Cómo no, mujer! —Sacó una moneda y se la entregó—. Y además, como ya voy teniendo hambre, me sentaré aquí contigo y nos comeremos lo que me hayan puesto en el zurrón.

Dicho y hecho. Allí mismo se pusieron a comer y a charlar tan amigablemente. Así conoció la anciana cuál era el propósito que guiaba al príncipe, y entonces le dijo:

—Pues mira, por tu buena acción, te diré que yo no soy una vieja corriente y moliente, y que te puedo ser de mucha ayuda.

—¿Cómo? —quiso saber el otro.

—Escúchame con atención. Un poco más adelante encontrarás el nido de un pájaro maravilloso, que alza vuelo de alcotán, luce plumas de arcoiris y pone huevos de oro fino. Toma uno de éstos, pero sólo uno, y cuando llegues a un bosque, busca el árbol más grande que haya. Al pie de ese árbol, rompes el huevo. Al momento, brotará la flor del lililá. Cógela y, sin mirar atrás, pase lo que pase, vuelve corriendo al castillo, con cuidado de que tus hermanos no se enteren.

Todo ocurrió como se lo había anunciado la anciana. Primero el príncipe se topó con aquel hermoso pájaro. De su nido tomó un huevo muy brillante. Luego penetró en un espeso bosque, y cuando después de dar muchas vueltas, encontró el árbol más grande que había, estrelló el huevo en el suelo. Y allí brotó en un instante la más bella flor que nadie ha visto jamás. Él la cortó y al momento se hizo la oscuridad y empezaron a oírse muy fuertes alaridos. Echó a correr con todas sus fuerzas, sin volver la

vista atrás, pese a que sentía a sus espaldas un aliento de fuego y un rugir pavoroso.

Cuando salió del bosque, exhausto, se paró a descansar. Pero allí fue donde le asaltaron sus dos hermanos, que lo habían estado siguiendo. Y allí le robaron la flor y allí mismo lo mataron. Luego lo enterraron en un cañaveral que había cerca y se volvieron al castillo, donde le dijeron al padre que ellos habían encontrado la flor y que al más pequeño lo había devorado una fiera del bosque. El rey se puso a llorar desesperadamente.

Poco tiempo después pasó un pastor por el cañaveral donde habían enterrado al pequeño príncipe. El pastor sintió deseos de hacerse una flauta y cortó una caña, con la que se hizo el instrumento. Para su asombro, en cuanto se puso a tocarla, la flauta cantó de esta manera:

Pastorcito, pastorcito,
no me dejes de tocar,
que me han muerto mis hermanos
por la flor del lililá.

Y siempre tocaba lo mismo. Cuando llegó al pueblo, todo el mundo se paraba a escucharlo y todos se maravillaban y lo seguían. Hasta que el pastor pasó por delante del palacio del rey. Éste ya había recuperado la salud con la flor del lililá, pero estaba muy triste por la pérdida del hijo menor y también porque los otros dos querían dividirse el reino y estaban siempre peleándose. Entonces el rey reconoció la voz del más pequeño. Primero creyó que estaba soñando, pero aquella vocecita:

Pastorcito, pastorcito,
no me dejes de tocar,
que me han muerto mis hermanos
por la flor del lililá...,

¡era sin la menor duda la de su hijito querido! Salió al balcón y entonces vio cómo una multitud ya rodeaba al pastor de la flauta mágica. Corriendo lo mandó llamar y más corriendo fue con él al lugar donde había cortado la caña maravillosa. Y cuando llegaron allí, la canción se trocó en esta otra:

Padre mío, toca fuerte,
y no dejes de tocar,
que si tocas sin desmayo,
me podrás resucitar.

Y así lo hizo el rey. Se puso él mismo a tocar en la flauta del pastor, venga a tocar, venga a tocar la misma canción, hasta que vio cómo su hijo

salía de entre las cañas, como si nada le hubiese ocurrido. Tras la sorpresa, se abrazaron y derramaron muchas lágrimas de alegría. El muchacho le contó lo que le habían hecho sus hermanos, y el rey dispuso que les cortaran la cabeza inmediatamente.

Pero entonces el príncipe, ya heredero, tomó la flauta, y con ella cantó esta última canción:

Padre mío, no los mates,
y ten con ellos piedad.
Yo los tengo perdonados,
por la flor del lililá.

Y así fue que a los hermanos mayores los desterraron del reino y nada se ha vuelto a saber de ellos. Y el más pequeño reinó feliz por muchos, muchísimos años.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.